

melos, y hasta qué grado ha influido o confluído él en y con otros conceptos de Dios en cierto modo semejantes. Todo parece indicar que Unamuno conocía algunas de las doctrinas que a fines del XIX y principios del XX proponían un Dios finito; por otra parte, cierta orientación idealista y krausista no parece estar muy lejos de sus formulaciones. Así, pues, una confluencia de Royce, James y Krause, junto con su cultísima sintonía con las filosofías de la emergencia y la evolución que por entonces comenzaban a estar en boga. A poco que se profundizara en este tema se descubriría, sin duda, cómo ideas unamunianas han sido repetidas veces expuestas después, y probablemente sin dependencia directa, por hombres como Whitehead y Hartshorne (55). Más interés puede tener para nosotros el destacar la relación entre el concepto unamuniano de Dios y el de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, temas ambos aún muy poco estudiados, igualmente. Pero no resulta, en principio, improbable su parecido también en esto, y su uso, muy semejante, de los símbolos poéticos religiosos, ya que son «los más calificados representantes de la tendencia simbólica dentro del modernismo» (56). Respecto a Juan Ramón y su «dios poético» no habría sino que recordar los bellos versos sobre su «dios deseante y deseado» (57). Respecto a Machado, que mucho recibió del

(55) Hay que hacer un estudio, hasta ahora sólo esbozado en trabajos aislados, acerca de la real dependencia de Unamuno respecto a varios escritores y filósofos del XIX predilectos suyos. Existen ya obras generales, como la de UDO RUKSER: *Nietzsche in der Hispania*, Bern und München, Franck Verlag, 1962, con juicios, quizá acertados, sobre la incomprensión de Nietzsche por Unamuno, que lo trataría «wie ein Seminarist», p. 293; o la de S. H. EOFF: *El pensamiento moderno y la novela española*, Seix y Barral, Barcelona, 1964. Y el magnífico libro de C. SOBEJANO: *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, 1966. Otros, más a nuestro tema, P. H. FERNÁNDEZ: *M. de Unamuno y W. James. Un paralelo pragmático*, 1961; J. GARCÍA MOREJÓN: «Unamuno y el sentimiento trágico de Anteto de Quental», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XI (1961), 27-65, y estudios sobre relaciones de don Miguel con Leopardi, Pirandello, Croce, etc. Pero es imprescindible y urgente un trabajo sistemático, a la vez que amplio y detallado. Concretamente, en cuanto al concepto unamuniano de Dios, no se tardaría en encontrarle relaciones con los de pensadores y científicos como James, Jones, Wieman, Bergson, Hocking, Alexander, etc. Una lectura del *Religion in the Making* o del *Process and Reality*, de A. N. WHITEHEAD, New York, Macmillan, 1926 y 1929, o de los estudios de CH. HARTSHORNE sobre él mostrarían que estas concepciones del Dios finito, límite espiritual, conciencia del Universo, siguen muy actuales. Como es sabido, la influencia en Unamuno de algunos escritores ingleses, especialmente de Carlyle, fue mostrada por C. CLAVERÍA: *Temas de Unamuno*, Gredos, Madrid, 1953.

(56) R. GULLÓN: «Unamuno y su "Cancionero"», en *La Torre*, XIV, núm. 53 (1966), p. 74.

(57)

*Entre la arboladura del barco y la alta nube
que mi cristal limita en círculo completo
tú te asomas, dios deseante, sonriendo
en el levante matintero, a verme despertar;
y me despierto sonriendo
a este sueño en vigilia que me invita.
Y entre todos mis sueños, dios, en momentáneos
alertas, bienestar de lo dormido,
tú intercalabas, deseado dios,*

genial don Miguel, aunque, según Serrano Poncela, más que de influencia debe hablarse de «coincidencias de pensamiento que aproximan y fecundan recíprocamente a hombres superiores» (58), recuérdese su concepto o mejor vivencia de Dios como «la *alteridad trascendente* a que todos miramos»... «un *tú de todos*, objeto de comunión amorosa, que de ningún modo puede ser un 'alter ego', sino Tú que es El» (59); compárense, también, los símbolos del agua y el mar en él y en Unamuno (60) y sobre todo ténganse presentes algunos de sus más conocidos versos:

*El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos,*

o aquel otro, tan unamuniano (fe como creación más que como creencia):

*Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste,
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear (61).*

Por fin, bien curiosa podría resultar aún otra comparación de las agónicas afirmaciones unamunianas que hemos ido viendo, que tienen no poco de común con presupuestos religiosos universales, con ideas y palabras bien conocidas de Tolstoi y Dostoievski, ambos de mente también, en parte, agónica. Al concepto de «sentido de la vida» de Tolstoi le ha dedicado recientemente un penetrante estudio uno de los más finos filósofos analistas de la actualidad (62). Su relación con Unamuno, tanto en la primera novelística de éste —*Paz en la guerra*—

*como las olas oro de este mar,
esta seguridad que ahora me ocupa
mi día con mi noche, mi noche con mi día.*

Entre otros, cfr. R. GULLÓN: «El dios poético de J. R. J.», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, V (1950), 343-349, y *Estudios sobre J. R. J.*, Buenos Aires, Losada, año 1960.

(58) Cfr. Antonio Machado, *su mundo y su obra*, Buenos Aires, Losada, 1954, página 38.

(59) *Juan de Mairena*, Buenos Aires, Losada, 1957, II, p. 115.

(60) Uno de los más bellos versos de toda la poesía española, aquel machadiano «Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar»... Cfr. J. ANGELES: «El mar en la poesía de A. Machado», en *Hispanic Review*, XXXIV (1966), pp. 27-48.

(61) Insustituible, AURORA DE ALBORNOZ: «Miguel de Unamuno y Antonio Machado», en *La Torre*, IX (julio-diciembre 1961), pp. 157-187, así como su libro posterior.

(62) A. FLEW: «Tolstoi and the Meaning of Life», en *Ethics*, número de enero de 1963. Más en general, sobre el restringido valor filosófico que la filosofía analítica otorga al existencialismo, cfr. S. CAVELL: «Existentialism and Analytical Philosophy», en *Daedalus*, número del verano de 1964.

como en su ideología vital, está aún por estudiar. Pero aún así, más claros ecos de Dostoievski parecen resonar en don Miguel, que podría hacer suya la frase de Kiriloff: «La vida es dolor, es miedo... Dios es el dolor del miedo a la muerte». Quizá más lejana sonaría la célebre frase de *Los hermanos Karamazov* según la cual «si no hay Dios, todo está permitido». Para Unamuno es necesario crear a Dios a fin de que todo no esté permitido; sobre ese su «sentimiento trágico» se funda, nos dijo, 'toda una ética'. La no existencia de Dios, para Unamuno, le resulta tan impensable como su propia no existencia: la de Dios es exigencia —y consecuencia— del ansia de eternidad con que se vive y se exige que se viva la propia. Sin embargo, como en parte hemos visto y seguiremos viendo, tanto desde el punto de mira filosófico como desde el moral, ambas posturas manifiestan absoluta gratuitad y un carácter meramente «intuitivo, empático y emotivo» (63) a la vez que, en el mejor de los casos, enfático y suasorio (64). En todo caso, a estos tres grandes agónicos, como a otros muchos más, se les podrían aplicar estas profundas palabras: «La dificultad que se encuentra al querer encajar un pensador extraordinario en los encasillados de una religión y un pensamiento ya formalizados. Es innegable que Dostoievski nos trae un nuevo concepto de Dios y que este concepto no cabe ya en las formas de la ortodoxia rusa ni tampoco se deja concebir como mero 'ateísmo'» (65). Palabras plenamente aplicables a Unamuno.

IV

Pero resumamos las más características fórmulas del Unamuno agónico en su inquirir por el «sentido de la vida»:

Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano [se refiere a Pascal acaso, a pesar de sus innumerables e innegables semejanzas?] nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia. ... este yo concreto no encuentra soportable la vida si la muerte es la aniquilación de la conciencia personal. ¿Por qué quiero saber de dónde vengo y a dónde voy, de dónde viene y a dónde va lo que me rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, qué será de mí; y si muero, ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: a) o sé que me muero del todo y entonces la desesperación irremediable, o b) sé que no

(63) M. J. VALDÉS: *Op. cit.*, p. 15.

(64) Se alude a la «persuasiva» teoría de la verdad, que tantas confusiones ayuda a disipar en importantes cuestiones de ética y de filosofía de la religión, de CH. L. STEVENSON: «Persuasive Definition», de su obra *Facts and Values. Studies in Ethical Analysis*, New Haven, Yale Univ. Press, 1963, pp. 32-54.

(65) E. DE TOLLINCHI: «El descubrimiento de la eternidad: Leopardi y Dostoievski», en *La Torre*, X (abril-junio 1962), p. 171.